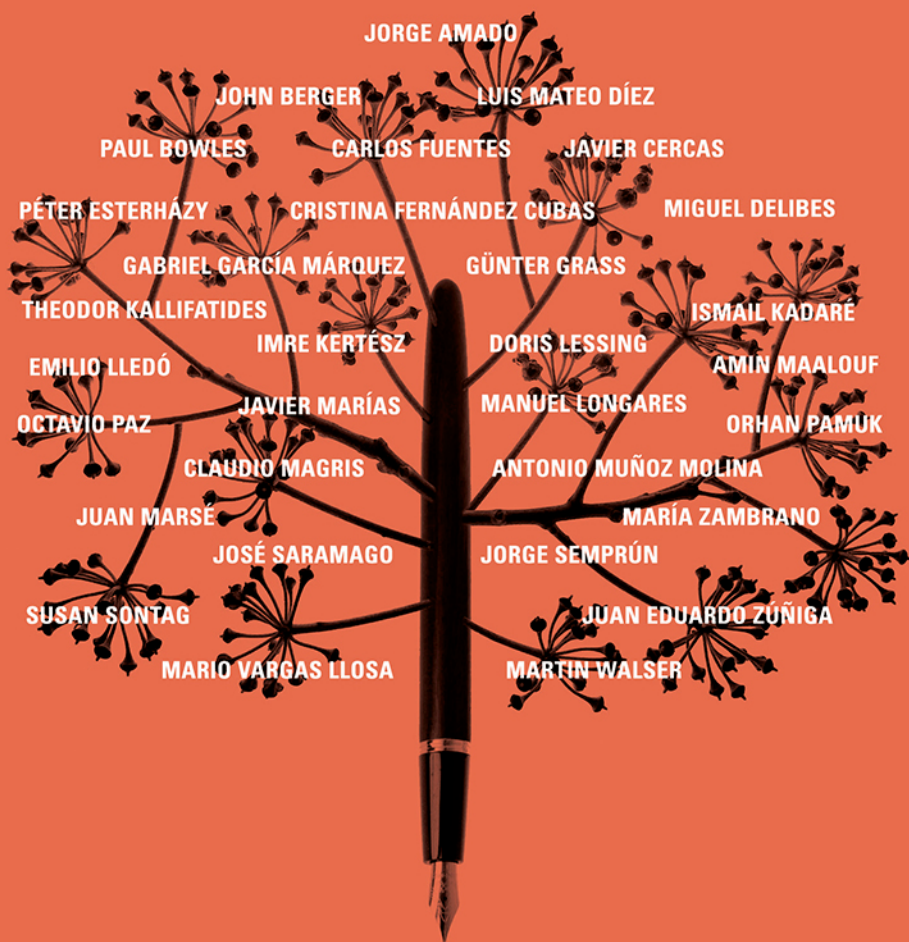


Juan Cruz Ruiz

Inolvidables

La pasión de entrevistar



JUAN CRUZ RUIZ

Inolvidables

La pasión de entrevistar

Galaxia Gutenberg



Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2026

© Juan Cruz Ruiz, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 575-2026
ISBN: 979-13-87605-84-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Preámbulo. Verdaderamente inolvidables.	9
Jorge Amado: El libro de memorias que él no escribirá . . .	13
John Berger: La última entrevista con un sabio	19
Paul Bowles: Prefería la soledad	29
Javier Cercas: ¿El mejor descubrimiento de Vargas Llosa?	35
Miguel Delibes: Aquel hombre en Sedano.	45
Luis Mateo Díez: El silencio y la amistad	59
Péter Esterházy: Contra la fealdad del mundo.	63
Cristina Fernández Cubas: El álbum completo de la infancia.	67
Carlos Fuentes: Aquel viaje con Gabo y con Cortázar. . . .	75
Gabriel García Márquez: Ausente y soñoliento.	79
Günter Grass: El último grito del tambor	91
Ismail Kadaré: La literatura le dio la libertad	99
Theodor Kallifatides: El hombre que se va de su tierra . . .	107
Imre Kertész: La mirada asombrada	115
Doris Lessing: El Nobel y la indiferencia.	125
Emilio Lledó: Maestro excepcional.	137
Manuel Longares: El silencio mirando	145
Amin Maalouf: Nostalgia y utopía	153
Claudio Magris: La luz de Europa	161
Javier Marías: Escritor para siempre.	169
Juan Marsé: Aquel hombre feliz en Andorra.	175
Antonio Muñoz Molina: Admirable escritor civil	187
Orhan Pamuk: La alegría del que iba a ser nobel	199

Octavio Paz: La literatura del poeta curioso	207
José Saramago: Emoción, a veces lágrimas	213
Jorge Semprún: El último viaje al peor recuerdo	219
Susan Sontag: Contra su propia interpretación	231
Mario Vargas Llosa: El hombre desconcertado que busca amparo en París	245
Martin Walser: El silencio y la culpa.	265
María Zambrano: El cigarro lento	271
Juan Eduardo Zúñiga: El muchacho marcado por la Guerra Civil	279

PREÁMBULO

Verdaderamente inolvidables

La primera vez que hice una entrevista yo tenía trece años y mi madre me puso una escalera chica para que llegara al teléfono de baquelita que había en la casa. El teléfono era el 125 del Puerto de la Cruz, Tenerife.

Entonces mi pasión (que se mantiene) era el fútbol. Mi primer entrevistado fue un militar del ejército de Franco que entrenaba al equipo de mi pueblo. Le hice las preguntas como si fuera un profesional, y mi madre me miraba por si me caía de aquella escalera chica que ella me había proporcionado. Ella me hizo periodista, porque creyó que este era un oficio de buena gente, mientras que mi padre opinaba lo contrario.

Muy pronto el periódico que me acogió, el semanario *Aire Libre*, que combinaba deportes con pasatiempos más o menos literarios, me encargó otras aventuras, y a los quince años ya formaba parte de una redacción que fue la primera de mi vida. Luego fui por muchos sitios del mundo, y jamás he sentido que preguntar fuera un oficio circunstancial: es, al contrario, la esencia de lo que sirve para saber. Si no preguntas no llegarás a ninguna parte. Periodista, decía Eugenio Scalfari, es gente que le dice a la gente lo que le pasa a la gente. Mirar es preguntar para saber.

Cuando tenía edad como para parecer mayor, el periódico que luego se fijó en mí, *El Día* de Tenerife, me encargó que entrevistara a Julio Caro Baroja, el sobrino de don Pío. Mi madre me compró una corbata y otras ropas de vestir para estrenarme en esa voluntad ya cotidiana de hacer preguntas a la gente. Cuando le pregunté al sobrino de Baroja yo sabía que tocaba un tesoro y se-

guí preguntando para toda la vida. Don Julio me puso una dedicatoria: «A Juan Cruz Ruiz, en un hotel superburgués de Tenerife». La guardo como oro, porque luego no pedí tantos autógrafos.

Mi madre fue mi primera directora, en realidad. Mi padre decía que los periodistas vivíamos con los pantalones rotos por el culo. Para demostrar que eso era cuestionable, mi madre se sentaba por las tardes a leer el periódico. Lo leía de cabo a rabo, como si se lo aprendiera. Allí estaba, leyendo, hasta que se hacía de noche, venía mi padre y ella seguía preguntándole al periódico lo que este le quisiera decir. De ese modo calló a mi padre y alimentó para siempre lo que ahora me sirve de oficio y de alegría: el periodismo de preguntas y respuestas, la manía saludable de tratar de saber.

Mi madre me aconsejaba que no hiciera muchas preguntas a la gente, porque podía aburrirlos, pero nunca le hice caso. Ella tampoco se hizo caso a sí misma, porque se hizo lectora de periódicos para animarme a no dejar esta pasión. De modo que muchas veces buscaba entre las ocurrencias de la vida ideas para que yo mismo preguntara.

Por aquel tiempo pasó por Tenerife Pablo Neruda, y yo lo fui a buscar al muelle. Eran aún los tiempos de Franco, mala época para el oficio y para la vida. Junté a algunos amigos de entonces, y del pasado, y le dije a Neruda que además de estos amigos jóvenes en el bar del muelle le esperaban señores que habían sido amigos suyos de la breve era republicana. Yo les dije que le esperaran; y ellos le estaban esperando por si él bajaba en esa escala del viaje que hacía desde Francia a Valparaíso.

Franco manda aquí, me dijo Neruda, «de modo que yo no puedo bajar donde hay una dictadura». Dictadura hay también en Barcelona, le dije, «y allí bajó usted a saludar a su amigo Gabriel García Márquez». La mujer de Neruda, Matilde Urrutia, lo miró con sorna y le explicó al poeta: «Tienes que bajar».

Bajó y aquella fue una noche extraordinaria, para todos, también para Matilde y para Neruda. Se rieron, se juraron amor republicano y bebieron *whisky* para celebrar un encuentro que ya no habría nunca más.

Los poetas y los escritores que habían sido sus amigos por correspondencia, y aquellos muchachos que hicimos que el nobel se apeara del barco al que se quiso aferrar, le preguntamos a Pablo Neruda como si él estuviera en un examen. Y Neruda respondió como si fuera un amigo entre los suyos. La entrevista que le hice es para mí una reliquia, y seguramente era peor que todas las que en este libro reaparecen.

A lo largo de los años hice muchas entrevistas; mañana mismo, cuando acabe este prefacio, por ejemplo, he de hacer una en Sevilla, y luego seguramente haré otra, y así iré entrevistando como si fuera todavía aquel muchacho que se subió a la silla a entrevistar a aquel militar que además era futbolero.

De ese modo, preguntando, conocí, y entrevisté, a María Zambrano, a Günter Grass, a Alan Sillitoe, a Susan Sontag, a Juan Carlos Onetti, a Gabriel García Márquez, a Mario Vargas Llosa, a Carlos Fuentes, a Cristina Fernández Cubas... He entrevistado a tanta gente, son tan inolvidables todos aquellos que me dijeron que sí, muchos de los cuales están aquí y otros forman parte de mi memoria y de la memoria de la literatura... No sé cómo haré el día en que ya no pueda preguntar, porque me haya ido del mundo o porque no tenga ya capacidad para hacer de este oficio el mejor del mundo..., entre otros.

Aquella entrevista que hice con corbata, y sin miedo, me llevó a creer que ya era un periodista. Y desde entonces no paré de creérmelo, hasta el día de hoy en que estoy haciendo un prefacio sobre un libro que le debe más a Galaxia Gutenberg (y a Zita Arenillas, que es la que lo ha puesto en pie) que a las preguntas que hice a más de treinta grandes exponentes de la literatura del siglo xx (y xxi).

La mayoría de estas entrevistas nacieron de encargos del tiempo en que yo ya era un periodista con cierta veteranía. Gran parte de ellas se publicaron en el diario *El País*, mi periódico desde su fundación hasta este tiempo en que ya voy diciendo adiós a lo que fui, y en los diarios de Prensa Ibérica. Las preguntas, en todo caso, no son nunca las de un veterano, sino las de una persona curiosa que, aunque sabe historias de cada uno de los personajes que aquí

explican sus vidas, siempre intentó *saber por primera vez* qué había en el alma de aquellos que tuvo delante. Mi gratitud a quienes me concedieron la oportunidad de entrevistarlos a lo largo de los tiempos.

Aquí están, en este libro que tanto le debe a Joan Tarrida, muchos escritores que son inolvidables ahora y que serán inolvidables en el futuro que se está escribiendo. Algunos (como don Emilio Lledó) fueron maestros míos, y lo siguen siendo, y otros (como Juan Marsé, por ejemplo) lo fueron por la literatura y, en cierto modo, por un azar que jamás olvido y que nos hizo amigos para siempre. Eso se cuenta aquí, en el libro. Por cierto, se cuenta aquí... y no se cree.

Pregunté tanto toda la vida (mi madre decía que me pasaba la vida preguntando) que no me acostumbré jamás a preguntar como un profesional, sino como el curioso que llevo dentro desde que descubrí que preguntar era mejor que callarse. Quien toca este libro toca personas inolvidables. E inolvidables son, también, quienes me encargaron, a lo largo del tiempo, que hiciera preguntas. En *El Día*, en *La Provincia*, en *El País*, en la Cadena SER, en mil sitios y en uno solo: el del que va preguntándose a sí mismo qué puede hacer con lo que debe hacer, que es preguntar.

Todos son inolvidables. Tan inolvidables como los que aceptaron mis preguntas. En esos importantes renglones está mi madre, y ahora están quienes, como Zita Arenillas o como Sorimar Carrero, pusieron en orden los papeles de los que proviene la esencia de este libro.

Inolvidables.

Jorge Amado: El libro de memorias que él no escribirá

París, por la tarde. Estaba soñoliento y triste, como un pájaro que viniera de la nada. Un hombre extraordinario y tranquilo, sentado en una silla que entonces era como la dibujada por Emmanuelle, la protagonista de aquella película erótica que hasta España pudo ver. Era un hombre de izquierdas cuyos gestos me llevaron a la idea de que quizá se parecía a José Saramago. Esencial, callado, esperando las preguntas del entrevistador, al que miraba con los ojos que luego vi a Pepe Mujica, el que fuera presidente de Uruguay después de haber sido el revolucionario encarcelado sin piedad por la dictadura de su país. Como él, y como todos a los que he entrevistado, Jorge Amado era un ser de otro mundo al que yo le iba a preguntar lo que fuera, a raíz de un libro bellissimo, *Navegación de cabotaje*. Luego supe por Juan Carlos Onetti, que fue su amigo, que Amado era un amante apasionado, y silencioso; lo fue a encontrar en Uruguay y al cabo de unos días de amistad le pidió permiso para celebrar en su casa una reunión con un delegado comunista que venía de Brasil. Después de que se produjera aquel encuentro que se suponía de alto nivel, Onetti fue en busca de las llaves de su propio domicilio. Cuando el ujier fue requerido, el amo de la casa recibió esta noticia del vigilante: «Sí, vino el señor Amado. Y, por cierto, qué tetas tiene el delegado del partido comunista brasileño».

JUAN CRUZ. ¿Qué cuenta en este libro?¹

JORGE AMADO. El subtítulo de *Navegación de cabotaje* –Apuntes para un libro de memorias que jamás escribiré– explica que es justamente eso, un diario de navegación, pero no un libro de recuerdos. En él cuento cosas que viví, pero no las grandes cosas. Por supuesto, no lo he contado todo. En la introducción, que llamo Los desmemoriados, hablo de un amigo, el poeta soviético Ilyá Ehrenburg. Yo estaba en Moscú en el año 52 y había ido con él a ver a una persona importante del partido para un asunto. A la vuelta, Ilyá me dijo: «Jorge, somos escritores que nunca podremos escribir memorias, sabemos demasiado». Durante mi trayectoria de ciudadano he vivido muchas cosas como consecuencia de mi militancia en un partido como el comunista, que se proponía cambiar la faz de la sociedad en la clandestinidad, realizando incluso acciones subversivas. Después dejé de ser comunista, pero no me siento con derecho a alardear de lo que me fue revelado en confianza. Por eso no lo cuento todo.

JC. ¿Cuál ha sido la edad más intensa que usted ha vivido?

AMADO. He tenido una vida muy intensa. Sí, he vivido. Desde muy joven empecé a trabajar como periodista. A los catorce años trabajaba en un periódico de Bahía y en la redacción diariamente hacía la siguiente tarea: iba a la necrópolis, donde estaban los cadáveres del día, y tomaba notas de las circunstancias de aquellos cadáveres que salían después en el diario. La mía era la tarea más baja. Después continué durante muchos años trabajando de periodista. En 1932 empecé a militar en la juventud comunista y después en el partido y comencé a tener una actividad política mayor. También empecé a publicar novelas que son un reflejo de la época. Empecé a escribir sobre la realidad brasileña. Y no he parado.

JC. A usted no le hacen sólo el homenaje por escritor, sino por bahiano.

AMADO. Yo soy un bahiano, responsable delante de la gente, por la ciudad y por las cosas. Le voy a dar un ejemplo: hay una

1. *El País*, 10 de agosto de 1992.

pequeña iglesia que no tiene importancia arquitectónica siquiera, que está en una pequeña plaza y que dificulta un poco la circulación. Lo más fácil es tirarla abajo. Pero la gente se moviliza, viene a verme y me dice que no es posible porque es una cosa que está ligada a la vida del pueblo y entonces salgo, como los otros intelectuales, con el resto de la gente a jugar la batalla para salvar el edificio. Recurren a mí para todo, porque yo soy un bahiano como ellos, y les ayudo: mi casa no tiene puertas. Y porque estoy con ellos me han hecho Oba [sacerdote] del Candomblé, que impone obligaciones religiosas que en mi caso resultan curiosas porque yo no soy religioso ni tengo sentimientos religiosos, pero recibí este honor de la gente de Bahía y cumplo escrupulosamente con ello.

JC. ¿Y cómo ha afectado a su obra literaria, que tiene tanta personalidad brasileña, esta adscripción al Candomblé, a la mitología religiosa de origen africano?

AMADO. Desde muy joven participo, porque si quiero escribir sobre la realidad de Bahía, de la vida brasileña, de la cultura popular del Brasil, tengo que conocer esto desde dentro. No sé escribir sobre las cosas de que me hablan o que leo en un libro. Yo escribo solamente sobre las cosas que conozco por haberlas vivido. Soy un escritor muy limitado en cuanto a los temas. Sólo tengo dos: una explotación de cacao del sur de Bahía o la ciudad de Bahía. Conozco las dos cosas. ¿Cómo voy a escribir sobre Bahía y su vida sin conocerlas profundamente? Tengo muchos amigos escritores, artistas, músicos, etc., pero tengo una cantidad inmensa de amigos que son gente del pueblo que no son ricos, ni famosos, ni importantes. Simple gente del pueblo que tienen una delicadeza inmensa. La gente es algo que me toca mucho. Las cosas de mucha importancia no me tocan.

JC. ¿No se siente un poco abrumado por tanto homenaje?

AMADO. Preferiría no tenerlos. Navegación de cabotaje termina con unas líneas sobre esto de los ochenta años: ¿por qué se considera tan corto tiempo de vida motivo de celebración? Escribir discursos, pronunciarlos, agradecer a los presentes, participar en

actos, seminarios, fórums para un mozo de ochenta años. ¡Cuánta cosa se inventa para proclamar que uno está caduquísimo!

JC. Otros dos testigos del siglo, Isaiah Berlin y Octavio Paz, han dicho en *El País* que este ha sido un siglo terrible, sobre todo para América Latina, según el poeta mexicano. ¿Qué impresión saca usted de lo que el hombre ha hecho en este siglo?

AMADO. Si se dice que este siglo ha sido terrible, se está diciendo la verdad, ya sea para el hombre en particular, ya sea para nuestros países de Latinoamérica. Desde luego, ha habido en América Latina una explosión bastante limitada y falsa. En general, ha sido un siglo en el que el hombre soñó el sueño del socialismo, el de la aplicación de las teorías que debieron conducir al socialismo en una gran parte del mundo. Llegó la decepción cuando este mundo se venía abajo. Ese mundo sí, pero no el sueño del socialismo, pero no la lucha por el socialismo, que podrá materializarse en una etapa futura en el camino del hombre. No ha sido un combate entre la lucha histórica del capitalismo y el socialismo, sino una lucha entre democracia y dictadura: el fracaso de la creación y aplicación del socialismo en estos países viene de que se basaron en teorías e ideologías estrechas y ya inadecuadas para nuestro tiempo. La dictadura del proletariado no puede llevar al socialismo. El socialismo no puede llegar a través de la dictadura. Esto explica que el socialismo se viniera abajo, de una forma terrible.

JC. ¿Cómo se tomó su militancia comunista y qué supuso para usted dejarla?

AMADO. Yo fui un buen militante comunista, porque creía. Cuando fui militante del partido comunista creía que podía servir mejor a mi pueblo en su lucha por cambiar una sociedad injusta por una sociedad más fuerte en libertad. Después entendí que no era así, que el Partido Comunista no era esta entidad ideal que había imaginado y que la sociedad comunista no era esta sociedad perfecta que yo creía que era. Que Stalin no era el hombre más grande de todos los tiempos de la humanidad, el padre de todos nosotros, mi padre. Cuando empecé a entender esto, escogí un camino muy duro y difícil.

Meforcé a encontrar mi propio camino y poder empezar a pensar con mi cabeza, por lo que se paga un precio muy alto. Porque todas las sectas, todas las ideologías estrictas y sectarias se vuelven contra usted cuando se cuestionan. Pero por muy alto que sea el precio, es barato, porque lo que vale es pensar con tu propia cabeza. Hay un camino más fácil, ciertamente. Hoy no soy un hombre ni vencido, ni triste, ni pesimista. Creo en el pueblo, creo en el futuro, creo en el hombre.

JC. ¿Cree usted que el comunismo está definitivamente muerto?

AMADO. Si usted quiere decir la experiencia de la Unión Soviética, yo pienso que sí. Creo que fue una ideología que fracasó, que se vino abajo, porque fue aplicada incorrectamente. El poder es la cosa más terrible del mundo, el poder corrompe al ser humano, lo degrada. Los hombres que estaban en el poder sólo pensaban en ellos y no en los intereses del pueblo, de la gente. Además, se creó una gran confusión con el sistema de clases: un sistema de clases será siempre un sistema dictatorial. Yo creo que esta experiencia sí fracasó, pero no la posibilidad de que exista un nuevo camino democrático hacia el socialismo. No soy profeta, no soy adivino, no soy pensador político, soy novelista, un creador de vida. No sé hasta qué punto la palabra comunismo está comprometida, ¿hasta dónde está comprometida la palabra marxismo? Creo que la meta del marxismo es una sociedad sin estado, sin leyes. Este es el ideal. ¿Llegaremos a ello? Creo que apenas estamos comenzando la marcha del hombre, estamos en el inicio. ¿Cómo será el mañana? No sé. Pero creo que será bello.

JC. Para ilustrar su optimismo y su reflexión acerca de lo que ha sido este siglo para Iberoamérica, ¿podríamos conocer su opinión sobre dos casos concretos, Brasil y Cuba?

AMADO. Hace un año un amigo mío italiano me vino con un libro de conversaciones de él con Fidel Castro. Ya había publicado uno hacía unos seis años, en un momento en que Fidel estaba muy optimista y tenía toda la plata que venía del eurosocialismo para el apoyo de Cuba dentro del cuadro de la Guerra Fría, de la disputa entre las dos grandes superpotencias. Y ahora el libro que

me enseñaba venía en un momento en que Fidel estaba solo, con su revolución en su isla, abandonado y dejado por todos los apoyos que venían del mundo socialista. Si yo soy un ciudadano latinoamericano y un escritor de un país latinoamericano, tengo que tener una posición de respeto y de amistad por lo mucho de bueno que la revolución trajo para el pueblo cubano. No se puede de ninguna manera comparar la vida de los niños en Cuba, de los viejos en Cuba con la miserable vida de los niños en los otros países: en Brasil se matan niños todos los días. Hay doce millones de niños, más que la población de Cuba, que trabajan en el crimen. Porque se haya derrumbado el mundo del socialismo no hay que negar las conquistas reales de la revolución cubana, pero tampoco se puede negar la evidencia de que no hay libertad en Cuba.

Sobre Brasil le diría que es muy triste: se matan niños cada día. La corrupción a que se ha llegado es imposible. Sin embargo, no creo que estemos ni perdidos ni vencidos; vamos a conseguir acabar con todas nuestras miserias e iremos adelante. Recuperaremos la capacidad de hacer la fiesta, venceremos la violencia y volveremos a ser el pueblo más cordial del mundo, más fraterno.

JC. Cumple ochenta años. ¿Qué edad tiene en el sentimiento?

AMADO. Yo tengo ochenta años. La vejez es la vejez. No tienes la juventud. Tienes la experiencia. Yo sé un poco más de la vida de lo que sabía, pero vivo menos de lo que vivía. No me gusta la vejez y no me gusta la idea de la muerte. Yo amo demasiado la vida como para pensar que la muerte puede ser buena. Yo no quiero liberarme de la vida. Yo quiero vivir.